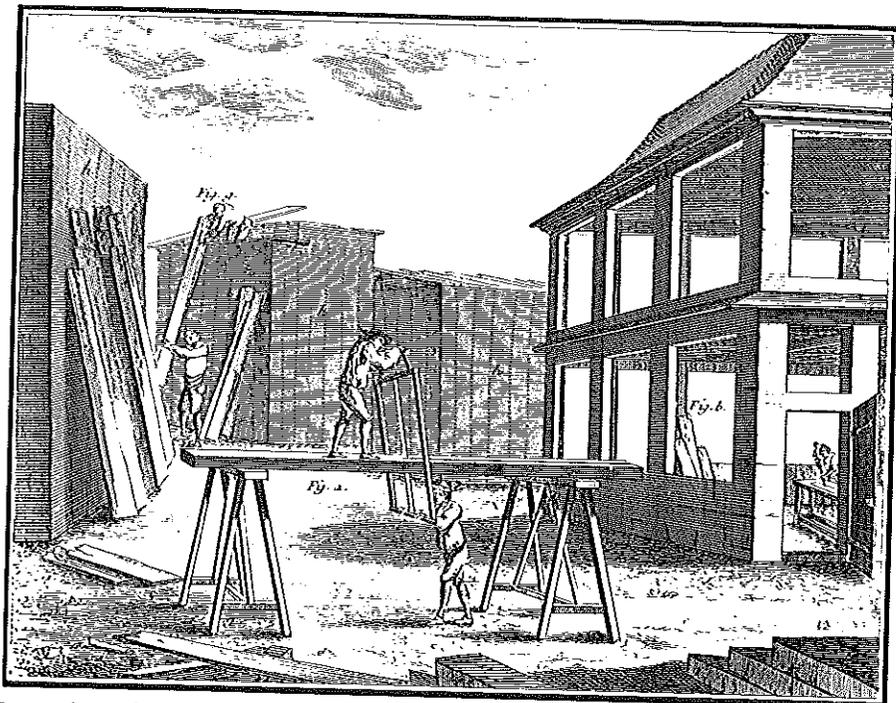


# LA EVOLUCIÓN DEMOGRÁFICA DE LA MERINDAD DE TUDELA ENTRE 1768 Y 1930

*Fernando Mikelarena Peña*



## 1. Introducción. La Evolución demográfica de la Merindad de Tudela en el contexto navarro y en el contexto español

La génesis de este artículo se corresponde con un interrogante planteado en un artículo anterior que trataba acerca de la evolución demográfica de las comarcas navarras entre finales del siglo XVIII y 1900. Allí (Mikelarena, 1992) advertimos que el tercio meridional de Navarra registró unas características peculiares, evidenciando a lo largo del periodo un dinamismo mayor que la Montaña y la Zona Media y escapando de la recesión, motivada por la sangría emigratoria, que afectó a estos dos ámbitos geográficos a partir de 1860. Por lo tanto, de lo que se trataría aquí sería de aportar nuevas luces sobre las causas subyacentes al singular comportamiento demográfico ribereño, ampliando ahora el marco cronológico al delimitado por los censos de 1768 y de 1930 y profundizando nuestro enfoque a partir de la toma en consideración de las pautas locales.

De cara a la reconstrucción del marco comparativo comarcal navarro he elaborado dos cuadros: uno con los números índices de todas las fechas censales del periodo 1768-1930, equivaliendo la base 100 a la población de cada comarca en 1786 [Cuadro 1] y otro con las tasas de crecimiento acumulativo anual en varios periodos y subperiodos relativamente dilatados. Hay que advertir que en la comarcalización

efectuada el área geográfica de la Ribera se ha desglosado en tres partes, englobándose los municipios de la merindad de Tudela en la Ribera Tudelana y en la Ribera Central, en esta última junto con algunos pueblos del sur de la merindad de Tafalla.<sup>1</sup>

Según los números índices del cuadro 1, queda claro que en la fecha final de 1930, partiendo de 1768, fueron, junto con la ciudad de Pamplona, la Ribera Central y la Ribera Tudelana las comarcas que obtuvieron resultados más satisfactorios. Tanto una como otra duplicaron ampliamente sus efectivos. A la otra Ribera, la Occidental, le faltaron diez enteros para llegar a la duplicación. Las demás comarcas navarras patentizan unos logros inferiores. La Barranca y las dos comarcas de la Zona Media progresaron en torno al valor 140 respecto de la base de 1786, por debajo las tres de la media del conjunto provincial, fijada en 152. El resto de las comarcas avanzó de forma mucho más limitada.

Por otra parte, si nos fijamos en la evolución de los diferentes ámbitos comarcales se aprecia que, junto a su mayor firmeza, el crecimiento demográfico del tercio meridional se caracterizó por su mayor regularidad y por ser relativamente escalonado. Por contra, es destacable que en siete comarcas de la Navarra septentrional y central el máximo nivel poblacional se ubique cronológicamente en 1860-1887, años que supusieron un auténtico punto de inflexión para esas zonas.

**Cuadro 1**

Evolución demográfica de las comarcas navarras entre 1768 y 1930. Números índices (1786=100)

	1768	1786	1824	1860	1877	1887	1900	1910	1920	1930
V. Cantábricos	96	100	106	117	105	105	109	109	114	111
V. Meridionales	90	100	104	112	103	100	99	99	96	94
Barranca	93	100	105	126	129	127	130	134	137	146
Pir. Occidental	92	100	100	123	115	115	116	115	111	112
Pir. Oriental	99	100	100	106	101	104	103	102	102	100
Cuenca Pamplona	93	100	107	119	116	114	118	123	127	124
Ciudad Pamplona	84	100	91	163	?	189	205	210	232	300
Lumbier-Aoiz	97	100	105	126	123	120	118	119	114	114
Media Occidental	91	100	120	134	131	131	131	130	130	133
Media Oriental	91	100	123	148	146	154	143	142	144	141
Ribera Occidental	99	100	127	139	139	148	149	160	177	188
Ribera Central	92	100	107	143	144	154	163	186	231	253
Ribera Tudelana	90	100	117	148	154	167	174	171	191	203
Total Navarra	92	100	110	131	?	133	135	137	145	152

Fuente: Censos de las respectivas fechas. Elaboración propia. La falta de datos en 1768 para algunas localidades como Solchaga, Ribaforada o Cortes se ha subsanado contabilizando su población en 1786. En el censo de 1877 se han descontado las guarniciones militares de entidad que engrosaban los efectivos poblacionales de un buen número de pueblos y de las que da noticia la Memoria relativa a los resultados del censo en Navarra. La dificultad de valorar la población militar circunstancial existente en Pamplona me ha impedido calcular el número índice de esa ciudad para la citada fecha, así como el correspondiente al conjunto navarro.

1. La Ribera Central está integrada por las siguientes localidades: Arguedas, Cadreita, Caparroso, Carcastillo, Mérida, Marcilla, Milagro, Murillo el Cuende, Murillo el Fruto, Santacara, Valtierra y Villafranca. La Ribera Central la constituyen las siguientes localidades: Ablitas, Barillas, Buñuel, Cabanillas, Cascante, Cintruénigo, Corella, Cortes, Fitero, Fontellas, Fustiñana, Monteagudo, Murchante, Ribaforada, Tulebras y Tudela.

Las tasas de crecimiento acumulativo anual, expresadas en tantos por ciento, del cuadro 2 reinciden en mostrarnos la vigorosa evolución demográfica de la Ribera. Entre 1786 y 1930 la Ribera Central proporciona una tasa de 0,65 y la Ribera Tudelana otra de 0,49, muy por encima de la media navarra y de las tasas del resto de las comarcas. Solamente en el intervalo 1786-1860 otra zona rural —la comarca Media Oriental—, con una tasa de 0,53, se colocó al nivel de las tasas punteras de la Ribera Central y de la Ribera Tudelana. Entre 1860 y 1930 las tasas de las tres áreas ribereñas tuvieron una indiscutible preeminencia sobre las demás áreas rurales navarras ya que no sólo fueron de las pocas positivas, sino que además sobrepasaron ampliamente a sus compañeras de signo. Incluso en un periodo recesivo como el de los últimos cuarenta años del XIX, en el que el sur de Navarra aminoró su ritmo demográfico, las dos comarcas en que he dividido la merindad tudelana crecieron muy por encima de la media navarra. Por último, a lo largo de las tres primeras décadas de nuestro siglo la población ribera continuó con su fuerte tendencia de incremento de efectivos poblacionales.

**Cuadro 2**

Evolución demográfica de las comarcas navarras entre 1768 y 1930. Tasas de crecimiento acumulativo anual (en porcentajes)

	1786- 1930	1786- 1860	1860- 1930	1860- 1900	1900- 1930
Valles Cantábricos	0.07	0.22	-0.07	-0.18	0.06
Valles Meridionales	-0.04	0.15	-0.25	-0.30	-0.17
Barranca	0.26	0.31	0.21	0.07	0.40
Pirineo Occidental	0.08	0.28	-0.13	-0.14	-0.13
Pirineo Oriental	0.00	0.08	-0.09	-0.07	-0.11
Cuenca Pamplona	0.15	0.23	0.06	-0.02	0.17
Ciudad Pamplona	0.77	0.66	0.88	0.58	1.28
Lumbier-Aoiz	0.09	0.32	-0.14	-0.17	-0.11
Media Occidental	0.20	0.39	-0.01	-0.05	0.03
Media Oriental	0.24	0.53	-0.07	-0.09	-0.05
Ribera Occidental	0.44	0.45	0.42	0.17	0.77
Ribera Central	0.65	0.49	0.81	0.32	1.48
Ribera Tudelana	0.49	0.53	0.45	0.40	0.51
Total Navarra	0.27	0.39	0.21	0.07	0.39

Fuente: Censos de las respectivas fechas. Elaboración propia.

Así pues, de los párrafos precedentes es lícito colegir que dentro del contexto navarro el crecimiento demográfico de la Ribera navarra despunta notablemente tanto a nivel comarcal como a escala global. Asimismo, hay que reseñar que las tasas del sur de Navarra siempre estuvieron a la cabeza en relación con las tasas de las comarcas rurales navarras y que el decurso poblacional de la Ribera nunca conoció retrocesos, sino que siempre siguió un tren alcista, si bien a velocidad no siempre uniforme.

No obstante, el favorable juicio emitido sobre el crecimiento demográfico de la Ribera dentro del marco comparativo provincial no nos conduce mucho más allá de afirmar que, en efecto, tal y como decíamos al principio, el sur de Navarra ofrece un comportamiento peculiarmente positivo que se desmarca de los derroteros poblacio-

nales seguidos por el norte y el centro de nuestro territorio. Es decir, la imagen que hemos transmitido puede estar distorsionada debido a que quizás la evolución demográfica del conjunto navarro y la de las comarcas navarras septentrionales y centrales fueron excepcionalmente negativas, de forma que los resultados del tercio meridional definidos como positivos en relación con aquéllos no sean realidad otra cosa que medianos.

La verdad, algo de eso hay. La evolución demográfica provincial navarra fue de las más lentas y anémicas dentro del Estado español. En el cuadro 3 se comprueba cómo los resultados navarros permanecieron habitualmente a una considerable distancia, en ocasiones enorme, de los del conjunto español. Solamente en 1786-1824 y en la segunda década de nuestro siglo las tasas de crecimiento de Navarra y de España se acercaron relativamente. Por otra parte, desde otro ángulo, de la confrontación de la evolución navarra con las de las demás regiones históricas españolas se desprende que entre 1797 y 1930 Navarra fue la que menos progresó y que en todas las fechas censales ocupó las posiciones de retaguardia (Pérez Moreda, 1985, 32). De igual modo, si elegimos otra forma de aquilatación del crecimiento demográfico navarro, como es el cotejo con las restantes provincias del Estado, tampoco encontramos ningún consuelo. En un *ranking* conformado por los valores conseguidos por las distintas provincias españolas en 1930 respecto al volumen de población que registraron en 1860, Navarra ocupa el lugar 35. Pormenorizando a partir de las tasas de crecimiento de cada intervalo intercensal, Navarra se colocaba en las siguientes posiciones a escala provincial: en el lugar 38 en 1861-1877, en el 44 en 1878-1887, en el 39 en 1888-1900, en el 44 en 1901-1910, en el 21 en 1911-1920 y en el 35 en

**Cuadro 3**  
Tasas de crecimiento de la Merindad de Tudela, del conjunto navarro y del conjunto español entre 1768 y 1930.

	Merindad		
	Tudela	Navarra	España.
1786-1930	0.52	0.29	0.57
1786-1860	0.54	0.37	0.55
1786-1824	0.37	0.24	0.30
1824-1860	0.71	0.49	0.82
1860-1930	0.50	0.21	0.59
1860-1900	0.37	0.07	0.43
1860-1877	0.20	0.09	0.35
1877-1887	0.81	0.00	0.55
1887-1900	0.26	0.09	0.45
1900-1930	0.68	0.39	0.80
1900-1910	0.01	0.15	0.71
1910-1920	1.37	0.55	0.68
1920-1930	0.65	0.48	1.02

Fuente: Para Navarra y la merindad de Tudela, cálculos propios a partir de los censos publicados. Para España, cálculos propios a partir de las cifras reproducidas por Pérez Moreda, 1984, 24.

1921-1930. Así pues, con la exclusiva salvedad de los años diez de la actual centuria, los niveles de crecimiento demográfico de Navarra siempre se situaron en la zona de retaguardia entre los niveles de las 49 provincias españolas.

Por otra parte, confrontada con la evolución del conjunto español, la trayectoria demográfica de la merindad de Tudela pierde gran parte de su esplendor [Ver cuadro 3]. En los 144 años que median entre 1786 y 1930 la población española creció a una marcha del 0,57 por ciento anual y la población de la merindad tudelana a otra del 0,52. En 1786-1860 las tasas respectivas fueron 0,55 y 0,54; en 1860-1930 0,59 y 0,50; en 1860-1900 0,43 y 0,37 y en 1900-1930 0,80 y 0,68. Esto es, el crecimiento del mediodía navarro no fue más allá que el de España en su conjunto, situándose en definitiva un poco por debajo del estatal en los periodos mencionados.

Además, hay que tener en cuenta dos aspectos. Uno, el de que el crecimiento demográfico español fue uno de los más bajos de Europa Occidental. Otro, el de que no pocas provincias españolas registraron un aumento poblacional superior al estatal: en 1860-1930, 1860-1900 y 1900-1930, el mismo número de provincias —17, aunque no siempre las mismas— patentiza unas tasas de crecimiento acumulativo anual por encima de las de España. Hay que subrayar que algunas de estas provincias no se caracterizaban por haber conocido un proceso de industrialización, sino que eran de estructura económica mayoritariamente agraria.

Por consiguiente, en resumidas cuentas, aunque en el contexto navarro la evolución demográfica de la merindad tudelana puede ser calificada como de singularmente sobresaliente, comparada con la evolución media española debe ser enjuiciada simplemente como normal y corriente.

## **2. La distribución del crecimiento demográfico dentro de la Merindad de Tudela**

Contextualizada con referencia a los marcos comparativos navarro y español la auténtica envergadura del crecimiento demográfico de la merindad tudelana en el largo plazo, el enfoque municipal en el que me centraré en este apartado resulta muy ilustrativo para la comprensión cabal de aquel aumento del número de gentes.

Fijémonos primeramente en la distribución de la población dentro de la merindad a fines del siglo XVIII. En 1786 Tudela, el núcleo urbano comarcal por excelencia, contaba con 7.584 habitantes. Otros núcleos importantes —calificables como urbanos o, mejor aún, de semiurbanos—, puesto que si bien concentraban un volumen apreciable de población, ésta estaba preponderantemente vinculada a la agricultura, habiendo escasa diversificación ocupacional— eran, de mayor a menor, Corella (3.949 habitantes), Villafranca (2.635 h.), Cascante (2.457 h.), Fitero (2.242 h.), Cintruénigo (1.736 h.). Todos ellos se situaban en la vertiente occidental de la merindad y de ellos cinco —el que falta es Villafranca— se enclavan muy próximos unos de otros en la zona de los ríos Alhama y Queiles. De los demás núcleos de población solamente dos —Ablitas y Valtierra— rebasaban el millar de habitantes.

Si calculamos la densidad poblacional de cada localidad, dividiendo su población por la extensión del término municipal, nos encontramos [ver cuadro 4] que en

muchos de los pueblos que no llegaban a la categoría de semiurbanos el nivel de ocupación en 1786 era muy bajo. Cabanillas, Carcastillo, Fontellas, Fustiñana y Ribaforada no tenían ni diez habitantes por Km<sup>2</sup>; Arguedas, Cadreita y Mélida registraban entre 10 y 15; y Ablitas, Buñuel y Cortes superaban ese último umbral, pero sin reunir los 17 habs/km<sup>2</sup>. Es decir, la mitad de los pueblos no llegaba a ese último límite. Evidentemente, hay que tener en cuenta que hemos dejado de lado la extensión bardenera al estimar la superficie de los pueblos que sí se beneficiaron en realidad de su uso, con lo que en rigor las densidades de las localidades limítrofes a la Bardena serían todavía menores. Sea como sea, la Bardena exclusive, para hacernos una idea, en Navarra sólo la merindad de Sangüesa, mucho más montuosa, superaba aquel porcentaje puesto que en ella el 54,0 de los pueblos tenían una densidad inferior a los 17 habitantes por km<sup>2</sup>. En la de Olite ese porcentaje era de 40,7, en la de Estella del 21,1 y en la de Pamplona del 2,6 tan sólo.

**Cuadro 4**

Densidad de los municipios de la Merindad de Tudela en 1786, 1860, 1900 y 1930.

	1786	1860	1900	1930
Ablitas	16.9	25.8	24.0	26.4
Arguedas	13.3	22.6	27.0	42.1
Barillas	33.1	60.0	69.3	75.5
Buñuel	16.9	37.9	46.3	81.0
Cabanillas	6.8	15.0	20.1	38.0
Cadreita	11.4	25.7	26.6	47.4
Carcastillo	4.7	10.9	14.8	25.4
Cascante	39.0	65.6	64.8	60.3
Cintruénigo	47.8	73.9	109.0	101.6
Corella	40.7	51.4	69.9	77.9
Cortes	16.0	32.3	39.5	65.7
Fitero	52.5	64.4	81.2	67.9
Fontellas	6.4	20.2	14.7	18.4
Fustiñana	9.2	15.0	19.8	31.5
Mélida	10.6	22.2	31.4	52.3
Monteagudo	40.4	84.2	117.2	131.3
Murchante	36.5	91.5	140.0	158.3
Ribaforada	2.6	27.3	33.1	60.1
Tudela	36.3	44.4	45.2	53.8
Tulebras	29.5	53.4	46.8	50.8
Valtierra	23.0	31.3	35.8	52.3
Villafranca	56.8	67.7	62.1	74.5

Fuente: Estimación propia a partir de los datos de población de los censos de las respectivas fechas y de los datos de superficies municipales que constan en el Gran Atlas de Navarra, 1986, tomo 1.

La introducción de la población relativa ayuda considerablemente a interpretar los aumentos poblacionales municipio a municipio. Según los números índices del

cuadro 5, los once pueblos que superan el índice 300 en 1930 respecto a 1786 —Arguedas, Buñuel, Cabanillas, Cadreita, Carcastillo, Cortes, Fustiñana, Mélida, Monteagudo, Murchante y Ribaforada— estaban, con las únicas salvedades de Murchante y de Monteagudo, poco poblados en relación a su extensión. Por lo tanto, quizás más que crecimiento demográfico habría que hablar en su caso de mera ocupación del espacio.

**Cuadro 5**

Evolución demográfica de los pueblos de la Merindad de Tudela entre 1768 y 1930. Números índices (1786=100)

	1768	1786	1824	1860	1877	1887	1900	1910	1920	1930
Ablitas	97	100	133	153	153	160	142	148	154	156
Arguedas	83	100	114	170	178	202	204	224	309	317
Barillas	100	100	170	181	216	232	209	238	213	228
Buñuel	92	100	140	225	232	248	274	349	442	480
Cabanillas	76	100	150	221	231	243	297	369	446	561
Cadreita	98	100	98	225	211	221	232	271	338	413
Carcastillo	103	100	100	234	284	306	318	378	514	544
Cascante	101	100	121	168	161	168	166	151	151	155
Cintruénigo	107	100	138	154	176	210	228	207	216	213
Corella	94	100	118	126	140	168	172	157	173	192
Cortes		100	144	202	204	226	247	276	346	410
Fitero	101	100	101	123	134	149	155	140	142	129
Fontellas	102	100	96	316	192	265	231	284	296	289
Fustiñana	83	100	139	163	161	177	215	247	315	342
Mélida	92	100	170	210	219	292	297	368	467	495
Monteagudo	88	100	122	208	229	273	290	287	324	325
Murchante	38	100	142	250	292	307	383	412	446	433
Ribaforada		100	385	1029	971	1061	1245	1417	1942	2263
Tudela	78	100	100	122	124	121	125	120	137	148
Tulebras	106	100	172	181	158	157	159	151	168	172
Valtierra	90	100	108	136	139	148	155	162	196	227
Villafranca	98	100	105	119	117	120	109	105	122	131
Total	91	100	115	149	154	167	172	173	198	211

Fuente: Censos de las respectivas fechas. Elaboración propia. Acerca de los censos de 1768 y de 1877 ver cuadro 1.

Obviamente, el mayor crecimiento de los municipios menos poblados inicialmente conllevó que a la altura de 1900 o de 1930 las desigualdades en cuanto a nivel de poblamiento fueran mucho menos notorias.

**Cuadro 6**

Evolución demográfica de los pueblos de la Merindad de Tudela entre 1768 y 1930.  
Tasas de crecimiento acumulativo anual (en porcentajes)

	1786-1930	1786-1860	1860-1900	1900-1930
Ablitas	0.31	0.57	-0.17	0.31
Arguedas	0.80	0.72	0.44	1.49
Barillas	0.57	0.81	0.36	0.29
Buñuel	1.09	1.10	0.49	1.88
Cabanillas	1.20	1.08	0.73	2.15
Cadreita	0.99	1.10	0.08	1.95
Carcastillo	1.18	1.16	0.76	1.81
Cascante	0.30	0.70	-0.03	-0.24
Cintruénigo	0.52	0.59	0.98	-0.23
Corella	0.45	0.32	0.77	0.36
Cortes	0.98	0.95	0.50	1.71
Fitero	0.18	0.28	0.58	-0.59
Fontellas	0.74	1.56	-0.78	0.74
Fustiñana	0.86	0.67	0.69	1.55
Mélida	1.12	1.01	0.87	1.71
Monteagudo	0.82	0.99	0.83	0.38
Murchante	1.02	1.25	1.07	0.41
Ribaforada	2.19	3.20	0.48	2.01
Tudela	0.27	0.27	0.04	0.58
Tulebras	0.38	0.81	-0.32	0.27
Valtierra	0.57	0.42	0.33	1.27
Villafranca	0.19	0.24	-0.21	0.61
Total	0.52	0.54	0.37	0.68

Fuente: Censos de las respectivas fechas. Elaboración propia.

**Cuadro 7**

Porcentajes del conjunto de las poblaciones urbanas y semiurbanas y del conjunto de las poblaciones no urbanas sobre el total de la población de la Merindad en las distintas fechas

	Urb. y Semiurb.	No urbanos
1786	72.9	27.1
1824	69.4	30.6
1860	64.3	35.7
1877	64.4	35.6
1887	64.0	36.0
1900	62.8	37.1
1910	58.3	41.7
1920	55.5	44.5
1930	54.7	45.3

Fuente: Censos de las respectivas fechas. Elaboración propia.

En términos de tasas de crecimiento acumulativo anual, más correctas que los números índices como calibradoras de la evolución poblacional al asumir la naturaleza logarítmica del desarrollo demográfico, el cuadro 6 recoge las de los periodos 1786-1930 y las de los subperiodos 1786-1860, 1860-1900 y 1900-1930. Acerca de ellos, realizaré algunos comentarios. En primer lugar, son las seis poblaciones de mayor tamaño en 1786, y junto con ellas Ablitas y Tulebras, las que crecen por debajo de la media de la merindad entre 1786 y 1930. Ello hace [ver cuadro 7] que si en 1786 el 72,9 por ciento de la población de la merindad vivía en los seis núcleos urbanos o semiurbanos referidos, en 1930 sólo lo hiciera el 54,7. Por contra, la proporción de habitantes del resto de los pueblos sobre el total de la merindad pasó del 27,1 por ciento al 45,3. En segundo lugar, el lapso 1860-1900 parece haber sido el más negativo: mientras en once pueblos la máxima tasa de crecimiento se localiza en el periodo 1900-1930 y en ocho en el periodo 1786-1860, en sólo tres localidades —casualmente las tres semiurbanas: Cintruénigo, Corella y Fitero— la tasa de 1860-1900 fue superior a la de los otros dos periodos. En tercer lugar, los niveles de las tasas muestran que el periodo 1900-1930 fue la época en la que las cotas de crecimiento consiguieron mayor entidad. Entre esas fechas nada más y nada menos que ocho pueblos —Buñuel, Cabanillas, Cadreita, Carcastillo, Cortes, Fustiñana, Mélida y Ribaforada, los ocho de la orla bardenera— aumentaron sus efectivos a un ritmo superior al de 1,50 por ciento anual, lo cual es desde luego sumamente satisfactorio. Otros dos pueblos del mismo ámbito bardenero —Arguedas y Valtierra— crecieron con tasas situadas entre el 1,00 por ciento y el 1,50. Por contra, entre 1786 y 1860 únicamente dos localidades —Fontellas y Ribaforada— rebasaron el umbral del 1,50, si bien otras seis —cinco del entorno de las Bardenas (Buñuel, Cabanillas, Cadreita, Carcastillo y Mélida) más Murchante— evidenciaron unas pautas de crecimiento de entre 1,00 y 1,50. En cuarto lugar, el menor dinamismo del periodo 1860-1900 —en el que cinco pueblos tienen tasas negativas y otros siete crecen menos del 0,50 por ciento, siendo algunos de ellos localidades de vigoroso crecimiento en las etapas precedente y posterior— se extiende en cierta manera, al menos en cuanto al número de municipios afectados, no en lo que hace a su identidad, a 1900-1930, ya que en esta fase tres municipios descienden de población y seis crecen por debajo del 0,50 por ciento, encontrándose entre ellos cuatro de los seis núcleos urbanos o semiurbanos.

Por otra parte, en aras de mayores concreciones y con el fin de aprehender de forma más ajustada la cronología de la evolución poblacional, he elaborado el cuadro 8, en el que se desglosan los periodos del cuadro 6 en intervalos más cortos.

El periodo de 1786-1860 se descomponía a nivel global, según vimos en el cuadro 3, en dos partes bastante diferenciadas: 1786-1824, periodo en el que la merindad creció un 0,37 por ciento anual, y 1824-1860, en el que el crecimiento conjunto fue de 0,71. Teniendo en cuenta que en la primera mitad del siglo XIX acontecieron diversas vicisitudes, como la crisis de subsistencias de 1803-1805, la guerra de la Independencia, la primera guerra carlista y las epidemias de cólera de 1834 y 1855, de negativos efectos para el desarrollo poblacional, la perspectiva pueblo a pueblo inclina a que interpretemos sus consecuencias como momentáneas

y poco duraderas, ya que entre 1786 y 1824 trece localidades crecen a un ritmo anual superior al 0,50 por ciento y entre 1824 y 1860 son quince las que lo hacen.

**Cuadro 8**

Evolución demográfica de los pueblos de la Merindad de Tudela entre 1768 y 1930. Tasas de crecimiento acumulativo anual (en porcentajes)

	1786- 1824	1824- 1860	1860- 1877	1877- 1887	1887- 1900	1900- 1910	1910- 1920	1920- 1930
Ablitas	0.75	0.39	0.01	0.47	-0.90	0.39	0.36	0.17
Arguedas	0.33	1.13	0.27	1.24	0.07	0.94	3.28	0.27
Barillas	1.40	0.18	1.03	0.74	-0.79	1.27	-1.11	0.71
Buñuel	0.89	1.32	0.18	0.68	0.77	2.43	2.39	0.83
Cabanillas	1.07	1.09	0.23	0.53	1.54	2.20	1.93	2.31
Cadreita	-0.04	2.32	-0.36	0.47	0.36	1.57	2.22	2.05
Carcastillo	0.00	2.39	1.13	0.76	0.29	1.75	3.11	0.58
Cascante	0.51	0.91	-0.27	0.46	-0.09	-0.95	-0.03	0.26
Cintruénigo	0.85	0.31	0.76	1.81	0.63	-0.98	0.46	-0.17
Corella	0.43	0.19	0.59	1.87	0.16	-0.91	0.97	1.03
Cortes	0.96	0.94	0.08	0.99	0.68	1.12	2.29	1.72
Fitero	0.02	0.54	0.53	1.02	0.30	-0.97	0.10	-0.91
Fontellas	-0.11	3.37	-2.88	3.27	-1.06	2.11	0.42	-0.27
Fustiñana	0.86	0.46	-0.08	0.90	1.53	1.40	2.44	0.82
Mélida	1.41	0.58	0.24	2.93	0.12	2.16	2.41	0.58
Monteagudo	0.51	1.51	0.56	1.77	0.46	-0.10	1.19	0.05
Murchante	0.92	1.59	0.91	0.50	1.71	0.73	0.80	-0.30
Ribaforada	3.61	2.76	-0.34	0.88	1.24	1.30	3.20	1.54
Tudela	-0.01	0.57	0.07	-0.19	0.19	-0.41	1.34	0.82
Tulebras	1.44	0.14	-0.80	-0.06	0.09	-0.52	1.07	0.26
Valtierra	0.20	0.64	0.12	0.61	0.39	0.45	1.92	1.46
Villafranca	0.12	0.36	-0.10	0.27	-0.73	-0.45	1.55	0.74
Total	0.37	0.71	0.20	0.81	0.26	0.01	1.37	0.65

Fuente: Censos de las respectivas fechas. Elaboración propia.

Los tres intervalos del periodo 1860-1900 son de crecimiento débil en sus dos extremos —tasa de 0,20 en la merindad en 1860-1877 y de 0,26 en 1887-1900— y de aumento mucho más potente en medio —tasa de 0,81 entre 1877 y 1887. El lapso 1860-1877 rompe claramente con el lapso 1824-1860 inmediatamente anterior. Ahora siete municipios pierden efectivos, algunos de ellos con altas tasas hasta entonces. Asimismo, las tasas elevadas se vuelven excepcionales. Por su parte, 1877-1887 es la racha expansiva de esa segunda mitad del ochocientos. Creo que el aspecto más relevante que se desprende de nuestro enfoque municipal reside en que el entorno bardenero no constituye el ámbito aglutinante de los mayores niveles de crecimiento: son las localidades limítrofes entre sí de Cintruénigo, Corella y Fitero las que acaparan la mayor parte del empuje. Por último, los trece años postreros del XIX son una antesala de lo que viene a continuación: los pueblos más activos de 1877-1887, que quiebran en el primer decenio del veinte, frenan ahora su tren

ascendente; los pueblos aletargados desde 1860, y que seguidamente constatan un avance explosivo, se desperezan entre 1887 y 1900, con unos progresos apreciables.

En las tres primeras décadas de nuestro siglo la merindad muestra consecutivamente el intervalo de más bajo crecimiento y el intervalo de más alto incremento: al 0,01 de virtual estancamiento de 1900-1910 sigue el 1,37 de 1910-1920. En el primer decenio ocho municipios decrecen, entre ellos los seis núcleos urbanos y semiurbanos. Cascante, Cintruénigo, Corella y Fitero bajan notablemente de población. Por contra, son años en los que los pueblos limítrofes con la Bardena conocen gran auge, que persiste, en la mayoría acentuado, en los años diez. En esta década los núcleos que corroboraron en la etapa precedente recuperan el pulso. Para terminar, en los años veinte la merindad en su conjunto aquieta su crecimiento, viéndose diversidad de comportamientos, con pueblos como Cabanillas, Cadreita, Cortes, Ribaforada y Valtierra que se mantienen en los primeros lugares.

### 3. Los factores explicativos de la evolución demográfica de la Merindad de Tudela

Tras haber efectuado la descripción de la evolución demográfica del conjunto de la merindad y de cada una de las localidades que la componen, en lo que resta de artículo trataré de profundizar en los factores explicativos subyacentes. En esta tarea diferenciaré dos planos concatenados: en uno se indagará acerca de las causas que dan razón del comportamiento positivo del mediodía navarro en comparación con el negativo de las demás comarcas de la provincia; en el otro se buscarán los motivos de las distintas pautas evolutivas en el seno de la misma merindad.

Antes que nada, con la finalidad de establecer los criterios bajo los que se regirá nuestra argumentación, me interesa dejar clara una cuestión. Para una época dilatada como la que aquí nos ocupa, la que transcurre entre la segunda mitad del siglo XVIII y la tercera década del XX, las evoluciones poblacionales a largo plazo son producto de las formas de captación y distribución de recursos por parte de los universos demográficos. Es decir, es preciso entender que los comportamientos demográficos no poseen a lo largo del periodo una dinámica autónoma, desconectada del entramado económico y social, sino que constituyen una pieza más dentro de las estructuras socioeconómicas. En relación con ello, los negativos avatares demográficos de naturaleza exógena, debido a su carácter epidémico, padecidos por la merindad de Tudela entre 1786 y 1930, tales como las epidemias coléricas de 1834, 1855 y 1885, la gripe de 1918 y, en parte, la crisis de 1803-1805 —que en el fondo, fue mixta, de subsistencias y vírica— nunca comprometieron la capacidad de recuperación de los pueblos de la comarca. Sus repercusiones, puntualmente dramáticas por el incremento de las defunciones que motivaron, fueron rápidamente restañadas.

Dicho eso, la primera cuestión que hay que determinar es el grado de continuidad o de cambio experimentado por esa sociedad en lo que a captación de recursos se refiere, en relación consigo misma y en relación con el resto de Navarra a través del tiempo. Es decir, dicho de otro modo, si la estructura económica persiste idéntica e inalterada o si, por el contrario, se ha visto modificada más o menos sustancialmente, de forma que respecto a las demás comarcas navarras se perciba en una posición de retraso o de vanguardia.

Vayamos por partes. En el largo periodo que estamos considerando la sociedad navarra era una sociedad marcadamente agraria. Según se trasluce de los censos de 1887 y de 1900, en estas fechas casi cuatro de cada cinco hombres activos trabajaba en el sector primario. En 1900 la distribución por sectores de los activos masculinos era la siguiente: 77,4 por ciento en el sector primario, 11,8 en el secundario y 10,8 en el terciario. Pero restando los datos pamploneses, que absorbían un 22,8 por ciento de los empleos industriales y un 39,2 de los empleos de servicios, en el resto de Navarra los activos masculinos agrarios ascendían hasta el 82,6 por ciento. A lo largo del primer tercio de nuestra centuria, la estructura económica navarra vivió un proceso de modernización, de modo que en 1930 la proporción de hombres activos ocupados en la agricultura bajó doce enteros respecto de 1900, alcanzando un porcentaje del 65,6. Fue el sector secundario el beneficiario de ese descenso del primario, puesto que pasó de un porcentaje del 11,8 a otro del 21,3. Sin embargo, descontada Pamplona, que acaparaba en 1930 el 25,4 de los activos masculinos secundarios y el 35,0 de los terciarios provinciales, los datos del resto de la provincia muestran que aún el 72,6 de los hombres con empleo vivían de las labores agropecuarias.

Por desgracia, carecemos de datos acerca de la estructura ocupacional de la población de la merindad de Tudela a través de ese periodo, ya que los censos sólo informan periódicamente del conjunto provincial y de la capital. No obstante, contamos con informaciones que predisponen a pensar que la estructura económica era hasta 1900 básicamente agraria, siendo la tierra la fuente fundamental de riqueza. La impresión que se obtiene leyendo el *Diccionario Histórico-Geográfico de Vascongadas y Navarra* de 1802 y el *Diccionario* de Madoz de los años cuarenta del siglo XIX es que, a pesar de la existencia de algunas actividades manufactureras, en líneas generales su efecto económico global sería limitado. A finales del siglo la situación apenas había variado. Hacia 1888, según las informaciones que proporciona Los Huertos Centenario (1991), sólo existían unos pocos establecimientos industriales propiamente dichos, dedicados a la elaboración de productos alimenticios, que movilizarían un corto volumen de mano de obra.

A partir de 1900, aun cuando la estructura económica de la merindad tudelana continuó obedeciendo a pautas agrarias, la industria comarcal conoció un empuje nada desdeñable a causa del establecimiento de industrias de transformación de productos agrícolas, entre las que destacan las azucareras y las conserveras. De ellas las más notables fueron la Azucarera Tudelana (fundada en Tudela en 1899), la Agrícola Industrial Navarra (Tudela, 1916), La Raperie (Cortes, 1918) y la Azucarera del Ebro (Cortes, 1923). Además, existían otras fábricas —de harinas, gaseosas, galletas, vinos y aguardiente, etc.— de menores necesidades de mano de obra. Para hacernos una idea de la significación de estas agroindustrias ubicadas en la merindad, según los datos del trabajo ya citado de Los Huertos Centenario (1991), en el conjunto de la industria alimentaria provincial, que era con mucho el más importante de los sectores industriales navarros, la Ribera Tudelana copaba el 45,5 por ciento del capital imponible en 1905, el 50,4 en 1913 y el 61,6 en 1927.

De los párrafos anteriores podemos deducir que, en relación con la evolución de

la estructura económica de la propia merindad, no hay duda de que nos encontramos ante un ámbito geográfico marcadamente agrario a lo largo del periodo 1768-1930, en el que la instalación de agroindustrias durante los tres primeros decenios del actual siglo introduce un elemento de una relativa mayor complejidad. Pese a todo, por el número de fuerza de trabajo empleada directamente y por la misma naturaleza de la riqueza producida resulta obligado pensar que los progresos demográficos de la merindad se arraigaban firmemente en el sector agropecuario, del cual toda la actividad manufacturera comarcal extraía la materia prima y la sometía a transformación. Por otra parte, podemos presumir que a partir de 1900 la concentración de la mayor parte de la industria predominante en la provincia, la alimentaria, en la merindad de Tudela introduciría un elemento diferencial nada desdeñable en la economía de esta zona respecto a la de las demás comarcas navarras. Las agroindustrias, además de contribuir a la expansión productiva de la merindad, habrían incrementado la mercantilización de su agricultura. A nuestro modo de ver, el sector agropecuario de la Ribera Tudelana habría conocido una penetración más profunda y temprana de las fuerzas del mercado que en el resto de Navarra, no sólo por la instalación de agroindustrias desde principios de nuestro siglo, sino también porque este ámbito geográfico tuvo el mejor acceso al ferrocarril desde los años sesenta del XIX. Aunque imposible de evaluar, la inmediatez de la vía férrea a la totalidad prácticamente de la comarca, a diferencia del peor acceso de la mayor parte de las restantes áreas geográficas de la provincia, habría incorporado al sector agrario ribereño al mercado en un grado comparativamente mucho más elevado.

La dependencia de la evolución demográfica de la zona de la evolución del sector agropecuario hace que debamos preguntarnos por los rasgos fundamentales de éste. Tal y como hicimos al hablar del sector manufacturero, en el sector agropecuario es preciso diferenciar el periodo anterior a 1890-1900 del inaugurado a partir de estos años.

En lo concerniente a los progresos de la agricultura en el periodo que media entre 1750 y 1890, hay que distinguir entre los motivados por soluciones extensivas y los generados por soluciones intensivas. El crecimiento agrario sobre bases extensivas se corresponde, no hace falta explicarlo, con el producido por la roturación de tierras incultas. El crecimiento agrario sobre bases intensivas es aquél que se fundamenta sobre el incremento de la productividad y de los rendimientos, y puede ser ocasionado por la ampliación de la superficie de regadío, la aplicación de nuevas rotaciones que limiten el tiempo de barbecho, el cultivo de plantas más productivas (la patata, la remolacha o el viñedo en lugar del cereal, por ejemplo), la aplicación de fertilizantes que enriquezcan la tierra, etc. En el periodo concreto que estamos examinando, en Navarra las únicas posibilidades de intensificación que tuvieron lugar fueron la introducción de nuevas plantaciones como la patata, la remolacha y las plantas forrajeras, la sustitución de viñedos por tierras de cereal cultivadas en régimen de año y vez y la extensión del regadío con la construcción a finales del XVIII del Canal Imperial y del Canal de Tauste. Por contra, las técnicas agrícolas prosiguieron bajo moldes tradicionales. A este respecto, el juicio de Gallego Martínez (1986, 487), basado en las memorias efectuadas por los ingenieros provinciales a requerimiento de

la Junta Consultiva Agronómica hacia 1890, acerca de la evolución técnica de la agricultura navarra en la segunda mitad del ochocientos, es de que «no hubo variaciones significativas: ni siquiera se inició durante este periodo la introducción de abonos químicos; en cuanto al uso de aperos y máquinas modernas, sólo comenzó de forma muy parcial el uso de los arados de vertedera, mientras segadoras, trilladoras u otros aperos especializados tuvieron durante el periodo una presencia sólo anecdótica».

Es una auténtica lástima que no dispongamos de datos que nos permitan calibrar los avances de la producción agraria de Navarra y de la merindad tudelana. Pero de lo que no cabe la menor duda es de que esos avances tuvieron lugar, primeramente influidos por el crecimiento demográfico, en un proceso de mutua interacción de las dos variables, y ulteriormente espoleados por la integración en un mercado de mayor radio como consecuencia de las mejoras en los transportes y de la traslación de las aduanas al Pirineo.

A pesar de que desconocemos el grado de aportación de las posibilidades de intensificación mencionadas sobre el indudable crecimiento de la producción agraria navarra entre 1750 y 1890, no creo que nos equivoquemos si pensamos que éste se asentó básicamente sobre soluciones extensivas. Como es bien sabido, en un contexto técnico tradicional el crecimiento agrario a partir de la conquista de tierras liecas es afectado incluíblemente por la circunstancia de unos rendimientos decrecientes en estas tierras marginales.

Eso por lo que hace a Navarra. ¿Qué ocurrió en la merindad de Tudela? Considerando que pueblos de esta comarca como Buñuel, Cabanillas, Cortes, Fustiñana y Ribaforada fueron los más directamente beneficiados por las grandes obras públicas de canalización de finales del setecientos, resulta obligado pensar que al menos en este aspecto la agricultura de la zona constató un aumento de la productividad de índole mayor que en el resto de Navarra. No obstante, la falta de más realizaciones a gran escala hasta la construcción del Canal de Lodosa, culminado éste ya en la Segunda República, hizo que la extensión de los regadíos entre 1800 y 1930 fuera empresa de dimensiones limitadas y acometida a nivel local. Por otro lado, en el capítulo de lo tecnológico, la situación era equiparable a la provincial. Según Floristán Samanes (1951, 122-123) el arado de vertedera apareció en 1890 en la Ribera Tudelana, por primera vez en Carcastillo, difundiéndose luego el arado brabant, y sólo hacia esas fechas comenzaron a emplearse abonos químicos, ya que hasta entonces únicamente se revitalizaba a la tierra con estiércol.

Para completar nuestra interpretación relativa al periodo anterior a 1890, falta integrar en el esquema una variable importante, como es la distribución de las masas de cultivo y la geografía de las mismas. Sirviéndome de las informaciones expuestas por el Equipo de Trabajo de la Tierra del Insituto Gerónimo de Ustáriz (1992), calculé (Mikelarena, 1992, 118) la composición por individuo de la superficie agrícola en 1887-1888 en las distintas comarcas navarras. En relación con la Ribera Tudelana, el aspecto más sobresaliente es que, a pesar de ser la comarca en la que menos superficie agrícola corresponde per cápita en comparación con las comarcas navarras no montañosas —con 0,876 hectáreas—, es la comarca con más tierra de

labor de regadío —con 0,336 hectáreas— y la segunda con más tierra dedicada a la viña-olivar —con 0,313 hectáreas. La mucha mayor disponibilidad de tierra de labor de regadío haría a todas luces que la productividad en el cereal fuera mucho más elevada en este sistema agrario ribereño.

En comparación con el resto de Navarra, a lo largo del siglo XIX la ampliación de la superficie cultivada en la Ribera Tudelana tuvo unas dimensiones muy superiores. He calculado, confrontando una estimación propia acerca de la proporción que representaba la superficie de cultivo sobre la superficie total en 1817 con los porcentajes de la misma calculados para 1888 por los miembros del Equipo de Trabajo de la Tierra del Instituto Gerónimo de Ustáriz (1991, 62), que entre esas dos fechas el incremento de la superficie cultivada en la Ribera Tudelana fue del 93,5 por ciento, el mayor de las comarcas navarras, excluido el Noroeste Húmedo, aun cuando las cifras de este último están sesgadas por la marginación de terrenos de pasto de titularidad privada no computados en la primera fecha y sí contabilizados en la segunda. Al valorar ese crecimiento del área de cultivo, es preciso tener en cuenta que, en conformidad con la composición de la superficie de cultivo per cápita en 1888, la superior extensión de la tierra de labor de regadío —0,336 hectáreas— sobre la de secano —0,220— obliga a pensar que las tierras conquistadas entre 1817 y 1888 fueron de secano y de regadío, sin que nos sea posible averiguar su cuantía exacta. De cualquier forma, el hecho de que no toda la tierra ganada para el cultivo entre esas fechas fuera de secano relativiza el impacto de la ley de rendimientos decrecientes a causa de la ocupación de tierras marginales no regadas en la merindad tudelana y descubre otro elemento diferencial importante.

A nivel municipal, las páginas del *Gran Atlas de Navarra* (1986) centradas en el espacio rural facilitan abundantes informaciones gráficas sobre la distribución pueblo a pueblo de las masas de cultivo en 1891. La primera cuestión que hay que destacar es el disímil grado de ocupación del terrazgo a finales del siglo pasado. Sirviéndonos de esos mapas, se aprecia que unos municipios registran en 1891 unos bajos niveles de ocupación agrícola, mientras que otros, por el contrario, arrojan unos niveles relativamente altos. Los pueblos en los que el porcentaje de tierra labrada sobre el total de la superficie municipal iba más allá del 69 por ciento eran Barillas, Buñuel, Cascante, Cintruénigo, Corella, Cortes, Monteagudo, Murchante y Tulebras. Con proporciones entre el 50 y el 69 por ciento se sitúan Fitero, Fontellas y Ribaforada. Por contra, los municipios con más bajos porcentajes eran Arguedas, Cadreita, Carcastillo, Fustiñana, Mélida y Valtierra. Ablitas, Cabanillas, Villafranca y Tudela evidenciaban porcentajes de entre el 33 y el 49 por ciento. Por consiguiente, cabe decir que en síntesis los mayores niveles de ocupación del suelo labrantío se ubicaban en las localidades de las cuencas del Alhama y del Queiles y que los menores coincidían con los pueblos inmediatamente colindantes con la Bardena. Dicho esto, un segundo aspecto que llama la atención es que, contrariamente a lo que podía pensarse, los porcentajes de superficie de secano y de regadío no van detrás de los porcentajes de suelo cultivado. Aunque hay que reconocer que allí donde los segundos eran más elevados, a igualdad de porcentajes, la extensión absoluta de los primeros sería mucho más grande, la superficie relativa de regadío sobre superficie

total no parece mostrar diferencias zonales relevantes que puedan servir para postular una geografía bipolar con una agricultura de regadío y otra de secano. Teniendo en cuenta que el regadío es un elemento que dotaba de singularidad a los pueblos de la merindad dentro del contexto navarro, con más del 30 por ciento de superficie regada respecto a la extensión municipal total constan Barillas, Buñuel, Cortes, Monteagudo y Tulebras; con porcentajes de entre el 20 y el 30 figuran Cadreita, Cintruénigo, Corella, Murchante y Valtierra; con proporciones de entre el 10 y el 20 aparecen Ablitas, Arguedas, Cabanillas, Cascante, Fitero, Fustiñana, Ribaforada, Villafranca y Tudela; y, por último, con niveles de entre el 5 y el 10 por ciento se sitúan Fontellas, Carcastillo y Mélida. Donde sí, en cambio, opera una bipolarización subcomarcal clara y evidente es en lo concerniente a las masas de cultivo: en unos prepondera el cultivo del cereal y en otros el de la vid. Los pueblos más cerealistas en los que la proporción de tierra dedicada a los cultivos herbáceos —entre los que los cereales ocupan la posición con mucho mayoritaria— sobre el total de tierra labrada supera el 70 por ciento son Ablitas, Arguedas, Buñuel, Cabanillas, Cadreita, Carcastillo, Cortes, Fontellas, Fustiñana, Mélida, Ribaforada y Valtierra. De entros ellos, Cabanillas, Cadreita, Fontellas y Valtierra tendrían una vocación cerealista aún más exacerbada, en cuanto que en ellos aquellas proporciones excedían el 85 por ciento. Es decir, todos los pueblos enclavados en el perímetro bardenero o cercanos a él, más el caso particular de Ablitas, desarrollaban una agricultura cuyo eje fundamental eran los cereales. Por el contrario, el cultivo del viñedo se encontraba especialmente arraigado en los municipios de las cuencas del Alhama y del Queiles —con la excepción de Ablitas— y en otros municipios como Tudela y Villafranca, puesto que en ellos la superficie dedicada a cultivos leñosos —vid y olivo, pero siendo el primero claramente preponderante— representaba más del 30 por ciento sobre la superficie total.

Así pues, con arreglo a esta geografía de los cultivos creo que es posible proporcionar una interpretación bastante consistente de la positiva evolución demográfica de la merindad respecto al resto de Navarra, así como de los decursos poblacionales de los municipios de la comarca entre 1750 y 1890.

Respecto al periodo 1786-1860, los pueblos que crecieron por encima del 1,0 por ciento anual fueron Buñuel, Cabanillas, Cadreita, Carcastillo, Fontellas, Mélida, Murchante y Ribaforada. En esta nómina hay un punto de acuerdo: todos ellos, menos Murchante, son catalogables como cerealistas. Asimismo, de los restantes pueblos cerealistas todos, exceptuado Valtierra, aumentaron su población por encima de la media de la merindad, aunque por debajo de aquel porcentaje del 1,0 al año. Por contra, de los pueblos considerados como vitícolas, Corella, Fitero, Tudela y Villafranca progresaron por debajo de la media y los demás, salvo Murchante, se colocaron más allá de aquélla, pero sin llegar al umbral del 1,0 de tasa de crecimiento acumulativo anual. De todo ello se desprende una conclusión: no cabe duda de que la expansión poblacional registrada durante los dos primeros tercios del ochocientos radicó en un desarrollo agrario fundamentado sobre todo en la conquista de nuevas tierras para el cultivo del cereal.

Entre 1860 y 1877 las localidades que crecen por encima de la media son Arguedas, Barillas, Cabanillas, Carcastillo, Cintruénigo, Corella, Fitero, Mérida, Monteagudo y Murchante. De ellas, Arguedas, Cabanillas y Mérida tuvieron tasas sólo ligeramente superiores a la de 0,20 del conjunto de la merindad; Cintruénigo, Corella, Fitero, Monteagudo y Murchante registraron valores de entre 0,50 y 0,99; y únicamente Barillas y Carcastillo progresaron más del 1,0 por ciento anual. El hecho significativo es que, descartado Carcastillo, los más elevados niveles de crecimiento demográfico de esta etapa se ubican en pueblos vitícolas. Sin embargo, ello no implica que en relación con la evolución demográfica de este momento pueda formularse una explicación mecanicista según la cual los avances poblacionales se hallen en función del cultivo de la vid, ya que localidades de agricultura muy vinculada a ella como Cascante, Tulebras y Villafranca pierden población.

Por su parte, la evolución de los municipios cerealistas en este lapso es, por lo general, de notoria ralentización, descendiendo de población Cadreita, Fontellas, Fustiñana y Ribaforada. Aun cuando, tal y como indiqué más arriba, la preponderancia de la tierra de labor de regadío sobre la de secano en la merindad de Tudela habría paliado la acción de la ley de rendimientos decrecientes resultante de la ampliación del suelo de cultivo sobre tierras marginales de secano, acción que un coetáneo corroboraba para la Zona Media<sup>2</sup>, creo que en esta entrada en el estancamiento de muchos pueblos de la merindad algo habría intervenido la caída de la productividad como consecuencia de la extensión de la superficie cultivada hacia terrenos no regados poco fértiles.

La circunstancia de la aminoración del ritmo de crecimiento de la población de la merindad de Tudela en 1860-1877 a causa del comportamiento poco dinámico de los pueblos cerealistas y de algunos pueblos vitícolas no es desde luego una peculiaridad sorprendente. A pesar de que tradicionalmente se ha pensado que la agricultura y la población rural españolas siguieron un tren ascendente durante todo el ochocientos, hasta la quiebra que supuso la multiforme crisis agraria finisecular a partir de los años ochenta y prolongada hasta casi 1910, la realidad es que el esquema evolutivo fue mucho más complejo, comprobándose en muchas zonas de España una recesión ya en los años sesenta. Trabajando con la población rural de cada provincia española —

2. Rafael Ripa, autor de un opúsculo publicado en Pamplona en 1865 y titulado *Observaciones sobre las mejoras que pueden introducirse en agricultura y ganadería de la provincia de Navarra*, criticaba así la tendencia, que él afirma estaba implantada especialmente en la zona media —pero que con toda seguridad estaría también vigente, aunque con menor intensidad, en los pueblos cerealistas de la Ribera—, de cultivar trigo en las tierras pobres y alejadas ganadas para la agricultura, tan proclives a los bajos rendimientos debido a la escasez relativa de abonado (abonado de procedencia biológica —humana y animal— antes de la llegada del de naturaleza química): «En estos últimos años que se han hecho grandes roturas, si bien algunas han sido en terrenos muy fértiles como los de los sotos que tenían los pueblos, ha habido otras muchas que se han hecho en laderas o terrenos de poco fondo, que no pagan en trigo lo que debieran dar destinadas a forrajes. ¿Qué sirve al labrador una tierra que en buen año no le reporta cinco por simiente? De gastos, y no de provecho alguno. En la zona central de Navarra hay muchos espacios que se hallan en este caso, y hay que inculcar a los labradores que las tierras pobres empobrecen al amo sembrando en ellas trigo, lo que no sucedería si las destinasen a forrajes». (Ripa, 1865, 24).

esto es, con la población provincial restada la población de los municipios urbanos, considerados como tales los que aglutinaban a más de 5.000 habitantes— se descubre que en 1861-1877 descendió la población rural en 17 provincias, en 1878-1887 y en 1888-1900 en 10 y en 1901-1910 en 4. A su vez, el periodo de entre 1860 y 1910 en el que menor número de ámbitos rurales provinciales creció a ritmo superior al 0,50 por ciento anual fue 1861-1877 con sólo 8 casos, seguido de 1888-1900 con 9, 1878-1887 con 20 y 1901-1910 con 23. Asimismo, en 21 provincias el lapso con menor crecimiento de la población rural fue 1861-1877, por 14 en 1888-1900, 10 en 1878-1887 y 3 en 1901-1910. De todo ello se deduce que el crecimiento agrario en muchas partes del Estado entró en crisis ya en la década de los sesenta, probablemente a consecuencia de las dificultades que entrañaban sus propios fundamentos de índole extensiva, que toparon con la barrera de unos rendimientos decrecientes y también, junto con ellos, por las mismas transformaciones experimentadas por el sector agrario a resultas de la revolución de los transportes, la cual conllevaba una aceleración de los procesos de especialización agrícola y a la vez el declive de muchos ingresos complementarios proporcionados por las actividades protoindustriales, que tuvieron que competir con las más baratas manufacturas fabriles. Todos estos factores impactaron, pues, de una manera nada desdeñable sobre las estructuras agrarias de numerosas provincias españolas, antecediendo cronológicamente a la crisis agraria finisecular propiamente dicha, originada por una secuencia de descensos de precios y aumento de la competencia exterior en algunos productos y por la epidemia filoxérica en el viñedo de algunas zonas.

El periodo 1877-1878 está caracterizado por el fortísimo crecimiento de cuatro localidades vitícolas: Cintruénigo, Corella, Fitero y Monteagudo. El que estos municipios persistan en su vitalidad y aún la agudicen respecto al intervalo inmediatamente anterior muestra que en ellos la coyuntura positiva de la vid adoptó mejores resonancias que en el resto de los pueblos vitícolas de la merindad, sin que nos sea posible descifrar las causas últimas de ello. Sea como sea, es indudable que los años sesenta, setenta y en especial los ochenta fueron tremendamente beneficiosos para el vino navarro. Entre 1857 y los años ochenta la superficie de cultivo se incrementó en Navarra en un 7,9 por ciento, debido prácticamente en exclusiva a las nuevas plantaciones de viñedo. La plantación de cerca de 20.000 nuevas hectáreas en los territorios al sur de Pamplona fue fomentada por la estrecha integración y la fuerte demanda de la producción vitícola navarra en los mercados español y francés, este último interferido por la filoxera (Gallego Martínez, 1986 b). Como prueba de ellos, en 1878-1880 las salidas netas por ferrocarril de las estaciones navarras de vino multiplicaban por cuatro las de cereales y harina, y en 1881-1886 las multiplicaban por ocho (Gómez Mendoza, 1984, 254-259).

Curiosamente, en el intervalo 1877-1887 otros seis pueblos de los que hemos tipificado como centrados en el cultivo de cereal crecieron por encima de la media, saliendo de la atonía anterior. Esto en principio resulta un tanto complicado de argumentar, ya que estos años son los de la caída de los precios del trigo producida por la concurrencia de granos extranjeros en los mercados de la periferia peninsular, sobre todo en los años siguientes. El mismo Consejo Provincial de Agricultura,

Industria y Comercio dio fe de la incidencia de la crisis triguera al afirmar que desde mediados de los setenta hasta mediados de los ochenta «había disminuido tanto la producción de los granos [...] a medida que han aumentado las importaciones extranjeras».<sup>3</sup> A consecuencia de la bajada de los precios de los cereales, la hipótesis más comúnmente admitida viene a afirmar que tuvo que producirse una reducción de la superficie cultivada, de la producción y de la demanda de trabajo. En último término, las consecuencias habrían sido la ruina de muchos pequeños campesinos, la aminoración de beneficios de los grandes y medianos, el aumento del paro y el incremento de la emigración. ¿Por qué razón seis pueblos cerealistas de la merindad escaparon de ese proceso negativo, constatando un fuerte crecimiento demográfico en esta década, crecimiento que persistirá, como veremos, en la siguiente en unión de otras localidades centradas en el mismo tipo de cultivo? En mi opinión, la respuesta a este interrogante exige la realización de microanálisis que revelen características locales de los sistemas agrarios que facilitaron la inmunización ante la caída de los precios del trigo.

En cuanto a la merindad en su conjunto, a pesar de la diversidad de pautas corroborada en su interior, puede postularse que su comportamiento demográfico más positivo en comparación con el de las demás comarcas navarras hasta 1887 descansa en los factores siguientes.

En primer lugar, la actuación de los rendimientos decrecientes de las nuevas tierras de secano ganadas para el cultivo tuvo menos repercusión que en otras áreas comarcales navarras debido a que la tierra de labor —cereal básicamente— cultivada era mayoritariamente de regadío. En 1888 la media por individuo de tierra de labor cultivada en la Ribera Tudelana era de 0,556 hectáreas, pero de ellas 0,336 eran de regadío y 0,220 de secano. En el resto de las comarcas navarras, con la salvedad de la Ribera Occidental, la tierra de labor era casi totalmente de secano. Además, el bajo nivel inicial de ocupación agrícola hace pensar incluso que el secano cultivado en 1888 era de naturaleza menos marginal que el secano conquistado a lo largo del XIX en las zonas medias, que partían de un nivel de ocupación agrícola mucho más alto.

En segundo lugar, la economía agraria poseía en la Ribera, de entrada, una mayor capacidad de diversificación a causa de las posibilidades que proporcionaba el regadío.

En tercer lugar, en la Ribera las explotaciones agrarias tenían un carácter más capitalista y menos familiar que en el resto de Navarra. Ya he comentado más arriba que no es descabellado propugnar que la comercialización de las economías domésticas campesinas fuera más intensa y temprana en el sur de Navarra, en la medida en que desde los años sesenta el territorio estuvo surcado por líneas férreas bien próximas a la mayoría de los pueblos. A ello pueden añadirse las consecuencias que sobre el sistema agrario global de la merindad tenían la distribución de la propiedad y las relaciones de explotación. El hecho de que no nos hayamos ocupado de este punto hasta ahora no conlleva su olvido. Estamos persuadidos de la trascendencia de

3. *La crisis agrícola y pecuaria*, Madrid, 1887, tomo II, pp. 219-227.

esta variable, de forma que pensamos que el entramado de relaciones sociales puede condicionar altamente el desarrollo de la agricultura y de la población agraria. No obstante, por desgracia la investigación llevada a cabo hasta el momento no nos ha reportado informaciones suficientes acerca de aquéllas. De esta forma, hoy por hoy conocemos, gracias a un artículo publicado por Lana Barasain (1992) en el último número de esta misma revista, lo desigual de la distribución de la propiedad de la tierra en la merindad, pero nos son aún desconocidas las características de las relaciones de explotación. Sea como sea, a manera de hipótesis quisiera subrayar el hecho de que en el contexto español las zonas que registran una mayor concentración de la propiedad de la tierra en pocas manos y un alto porcentaje de población carente de tierra propia en un grado similar al de la merindad de Tudela se corresponden con aquéllas en las que la población agraria creció más porque consiguieron retener a más mano de obra natural de la zona e incluso atraer a mano de obra de otras provincias. Aun cuando hay que considerar que la similitud entre la estructura agraria de la merindad de Tudela y la de provincias del sur de España puede limitarse solamente al aspecto de la profunda desigualdad en la distribución de la propiedad de la tierra y al elevado número de desposeídos, siendo tal vez significativas las diferencias en lo concerniente a las características de la gran propiedad o a las relaciones de explotación, podríamos manifestarnos en favor de la menor tendencia emigratoria de las estructuras agrarias en las que una minoría terrateniente se erige en el pivote fundamental del proceso de decisiones que afectan al desarrollo agrícola.

En cuarto lugar, la negativa herencia de los conflictos bélicos del ochocientos pudo tener una menor incidencia en la merindad de Tudela que en la Montaña y en la franja central, ya que la Ribera vivió con menor intensidad las dos guerras carlistas. Hay que recordar que las guerras tenían repercusiones gravísimas para las economías familiares campesinas, puesto que llevaban consigo exacciones, imposiciones, requisas y pérdidas y destrucciones de producciones y de bienes productivos. Además, su efecto se dilató y agrandó en el curso del tiempo, en cuanto que la falta de liquidez de municipios y particulares en los momentos en que se efectuaban los requerimientos provocó un endeudamiento de los ayuntamientos y de las economías familiares que llegó a enlazar con las coyunturas bélicas posteriores al de la coyuntura en la que el débito se originó. También es preciso considerar que, en virtud de las soluciones adoptadas por los ayuntamientos para paliar su quiebra hacendística, aumentó la presión fiscal bajo esquemas no equitativos, a la vez que la venta de comunales privó a algunos sectores de ingresos suplementarios derivados del monte.

A partir de 1890 el campo navarro y ribereño inició una nueva etapa regida por otros parámetros, ya que las soluciones intensivas de incremento de la producción ganaron terreno. La introducción de los abonos químicos permitió la conquista de amplias superficies de secano, hasta entonces incultas. Asimismo, los nuevos aperos, como los dos tipos de arado ya citados —de vertedera y brabant— que facilitaban una labor más profunda de la tierra, y ulteriormente las segadoras, trilladoras y cosechadoras mecánicas, se hicieron más frecuentes. Es decir, a partir de 1890 la aplicación de abonos químicos y la profundización de las labores agrícolas gracias a los nuevos aperos y maquinarias eliminaron el obstáculo que representaba el agotamiento de los

suelos por la escasez e insuficiencia del abono animal, la superficialidad de las tareas de labranza y la escasa productividad humana y territorial. Además, también es éste el instante, como consecuencia de la pérdida de Cuba, en el que se generalizó el cultivo de remolacha. En cuanto a los regadíos, las grandes obras hidráulicas iniciadas en los decenios iniciales de nuestro siglo comenzaron finalmente a funcionar más allá de 1930.

La consecuencia más notoria de este nuevo marco técnico es que el tercio meridional de Navarra pudo acometer la conquista definitiva del secano. Según la reconstrucción del Equipo de la Tierra del Instituto Gerónimo de Ustáriz (1991), de las 90.570 hectáreas puestas en cultivo entre 1888 y 1930, 70.061 —un 77,4 por ciento— se localizaron en las Riberas Occidental y Tudelana. La superficie cultivada en la Ribera Tudelana se incrementó en un 106 por ciento entre 1888 y 1930, superando con creces la media navarra y a las demás comarcas. Las tierras roturadas se dedicaron a tierras de labor, esto es, a cereal fundamentalmente, creciendo las tierras de labor de secano un 430 por ciento y sólo un 15 por ciento las de regadío. El aumento de la tierra de labor en el resto de las comarcas fue mucho más exiguo. Por su parte, según el Atlas de Navarra, el cultivo vitícola en la provincia decayó. Debido a la crisis filoxérica desatada en 1894, las 40.813 hectáreas de viñedo de 1891 se redujeron a 9.432 en 1906, creciendo a 25.233 en 1920 y a 28.017 en 1935. En la Ribera Tudelana, aunque la tendencia fue similar —9.778 hectáreas en 1891, 4.056 en 1906, 8.361 en 1920 y 8.345 en 1935— la cuota aumentó algo: si en 1891 la superficie de viñedo de la Ribera Tudelana suponía el 23,9 por ciento de la navarra, en 1935 llegaba al 29,8. La duplicidad agraria en el interior de la merindad en función de la dedicación de los cultivos se fue haciendo más marcada entre 1891 y 1930, según Floristán Samanes (1951). Por un lado, los municipios circundantes a la Bardena centrados en el cultivo del cereal intensificaron su carácter cerealista, reduciendo la superficie dedicada a erial-pasto —que en 1888 superaba la mitad de la superficie total en todos estos pueblos, llegando a ocupar el 92,3 de la extensión de la Bardena propiamente dicha— y no reponiendo el viñedo arruinado por la epidemia de la filoxera. Por otro, los municipios fundamentalmente vitícolas de las cuencas del Alhama y del Queiles y de los montes de Cierzo, con posterioridad a la plaga filoxérica reconstituyeron la superficie de viñedo, llegando a incrementarla en el transcurso de los tres primeros decenios de nuestro siglo.

Es decir, sintetizando el párrafo anterior, el mayor crecimiento demográfico de la merindad de Tudela entre 1887 y 1930 en el marco navarro corrió paralelo a una expansión agraria que fue mucho más allá de la acontecida en las demás áreas geográficas navarras. A nivel causal pues, habría que añadir a los factores diferenciales explicitados para el periodo anterior, el de que las disponibilidades técnicas iniciadas hacia 1890 encontraron un mejor eco en los territorios del sur de la provincia. A su vez, el establecimiento en la zona de la mayoría de las agroindustrias fue un incentivo innegable para el sistema agrario ribereño, de antemano más mercantilizado a cuenta del óptimo acceso a la red viaria y de la mayor infiltración de las relaciones de explotación capitalistas.

Ya para finalizar, el regreso a la perspectiva municipal nos habla de la temprana

explosión demográfica de las localidades cerealistas y de la crisis sufrida por las vitícolas en el gozne de los siglos a causa del impacto de la filoxera.

El enigma que planteábamos más arriba acerca de la precoz aceleración demográfica de localidades volcadas en el cereal durante el intervalo 1877-1887 se traslada al periodo siguiente. En 1887-1900 son las poblaciones de agricultura dependiente de los cultivos herbáceos los protagonistas en mayor medida, aunque con disparidades y excepciones, de las tasas de crecimiento que exceden la media del conjunto comarcal.

En el primer decenio de nuestra centuria tiene lugar una profunda recesión en todo el área vitícola tudelana. Cascante, Cintruénigo, Corella, Fitero, Monteagudo, Tudela, Tulebras y Villafranca disminuyen sus habitantes, las cuatro primeras localidades con mucha intensidad. Es la epidemia filoxérica la que corta de raíz el sustrato económico esencial de estos pueblos, al quedar contaminadas las plantaciones.

Mientras tanto, en esa misma década los pueblos cerealistas bardeneros asumen unas pautas de crecimiento muy veloces que prosiguen en la década siguiente. En 1911-1920 son todos los pueblos de agricultura cerealista los únicos que superan la elevada tasa de 1,37 por ciento anual del conjunto de la merindad.

Por su parte, en los años veinte se advierte una mayor diversidad de pautas como consecuencia de la mayor complejidad de las bases económicas. En los municipios que cultivan cereal, las tasas de crecimiento menguan en relación a las de las décadas antecedentes y algunas de las localidades vitícolas constatan una brillante reanimación. El menor dinamismo de los pueblos cerealistas tuvo que ver seguramente con la circunstancia de que, tal y como ha apuntado Pinilla (1992), «en los años veinte el mercado de cereales en España comenzaba a mostrar signos inequívocos de saturación».

## Bibliografía

- Equipo de Trabajo de la Tierra del Instituto Gerónimo de Ustáriz (1991). «Cambio económico y distribución social de la propiedad en Navarra entre finales del siglo XIX y mediados del s. XX» en *Boletín del Instituto Gerónimo de Ustáriz*, 5, pp. 57-84.
- (1992), «La propiedad de la tierra de Navarra a fines del siglo XIX» en Garrabou, R. (Coord.), *Propiedad y explotación campesina en la España contemporánea*, Madrid, pp. 93-158.
- Floristán Samanes, A., (1951), *La Ribera Tudelana de Navarra. Estudio geográfico*, Pamplona.
- Gallego Martínez, D., (1986), «Algunas reflexiones sobre la evolución de la agricultura navarra desde mediados del siglo XIX a 1935» en *Príncipe de Viana*, anejo IV, pp. 485-523.
- Gómez Mendoza, A., (1984), *Ferrocarril y mercado interior en España (1874-1913): Cereales, harina y vinos*, Madrid.
- Gran Atlas de Navarra (1986), 2 vols., Pamplona.
- Los Huertos Centenario, M.C. (1991), «La localización del sector industrial en Navarra (1888-1927): factores y condicionamientos» comunicación presentada al *II Congreso de Historia de Navarra de los siglos XVIII, XIX y XX*, Pamplona.
- Mikelarena Peña, F. (1992), «Evolución demográfica y evolución del sector agrario en Navarra en el siglo XIX» en *Boletín del Instituto Gerónimo de Ustáriz*, 6/7, pp. 97-122.
- Pérez Moreda, V. (1984), «Evolución de la población española desde finales del Antiguo Régimen» en *Papeles de Economía Española*, 20, pp. 20-38.
- (1985), «La modernización demográfica de España» en Sánchez Albornoz, N. (Comp.), *La modernización económica de España*, Madrid, pp. 25-62.
- Pinilla, V. (1992), «La producción agraria en Aragón (1850-1935)» en *Revista de Historia Económica*, año X, 3.
- Ripa, R. (1865), *Observaciones sobre las mejoras que pueden introducirse en agricultura y ganadería de la provincia de Navarra*, Pamplona.

**Fernando Mikelarena Peña.** Nacido en Bera. Doctor en Historia por la Universidad Nacional de Educación a Distancia. Su tesis doctoral, leída en 1992, versó sobre "La evolución demográfica, los regímenes demográficos y las estructuras familiares en Navarra entre 1553 y 1900. Actualmente investiga sobre la transición demográfica en Navarra. Es miembro del Instituto Gerónimo de Uztariz.

#### Laburpena

Nafarroako bilakaera demografikoari dagokionez, azpimarratu beharra dago, hazkundera hegoaldean gertatu zela, 1860a eta 1930a bitartean. Artikulu honetan, arestian aipatutako garaian barrena, Tuterako merinaldean gertatu zen hazkundera demografikoa aztertu da, probintzi nahiz estatu mailako markuaren barrenean. Barreneko kontrasteak nabarmendu dira, eta, aztertu, bidenabarrean, hazkunderaren zehin kontraste horien funtsezko zergatiak.

#### Summary

An outstanding aspect of Navarra's demographic change between 1860 and 1930 is that the growth took place in the southern part. While the Mountain and the Middle Land lost population during this time, the Ribera increased the number of inhabitants. In this paper the realities of the population growth in the merindad of Tudela during this historical period is evaluated within the provincial and state framework, the internal differences are emphasized and the basic causes for all of them are analysed.